

873
5.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA2011
E8
548
L.3

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL HOMBRE DE LA CARA ROBADA ⁽¹⁾

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

I

EL LAGO LUMINOSO

Más allá de la huerta del Temple, pasados los villorrios de Popincourt, de Bagnolet y de Belleville, el macizo esqueleto del castillo de Chaumont se levantaba por aquel entonces en un sitio agreste y solitario.

Edificado por Adhemar de Roye en 1364, dicho feudo, ya bastante ruinoso en la época del advenimiento de Francisco primero, fué abandonado definitivamente á los cuervos y mochuelos al ocurrir el fallecimiento del último señor de Roye, muerto en la batalla de Marignan.

Desde 1515 á 1569 continuó desmoronándose el castillo de Chaumont, sin recibir visita alguna de importancia, sin duda porque cuanto en él había de útil o

(1) Copyright by Paul Féval fils, 1912 (*Le Radical*).

precioso fué transportado mucho tiempo antes, y porque desprovisto de cuanto pudiera tentar la codicia de ladrones y malhechores, éstos no se creían en el caso de ir á exponer su vida entre aquellas ruinas oscilantes.

Pero sucedió que en el último de los nombrados años, una numerosa caravana de gitanos llegó á instalarse en ellas, claro es que sin autorización de nadie, ocupándose cada uno de sus individuos durante meses y más meses en consolidar muros y suelos, en restablecer el juego de los herrumbrosos rastrillos y en conseguir que no acabara de derrumbarse lo que aún permanecía en pie del viejo castillo.

Más aún; obedeciendo las indicaciones de la reina gipsia, mujer de fatal belleza, la tribu se ocupó asimismo en un trabajo misterioso, el resultado del cual debía llevar el espanto al ánimo de los pacíficos ciudadanos habitantes del contorno.

Y así fué cómo una noche, sin que nadie pudiera explicarse la causa de tal fenómeno, el lago que lamía los muros del castillo se iluminó de pronto, ni más ni menos que si una luz diabólica se hubiera encendido en la profundidad de sus aguas.

El foco incandescente estaba en efecto oculto y parecía hallarse situado en el fondo del lago.

De muchas leguas á la redonda llegaron hombres y mujeres ganosos de conocer lo que motivaba tan extraños é incomprensibles fulgores, aunque no consiguieron ver satisfecha su curiosidad que no tardó en convertirse en terror al darse cuenta de que cada manifestación del fenómeno luminoso coincidía fatalmente

con algún rapto ó robo á mano armada, cuando no con viles asesinatos cometidos en aquellas cercanías por una banda de malhechores impalpables, que operaban siempre enmascarados.

Como es natural, los habitantes del término hicieron el vacío en torno al lago luminoso, y ninguno de ellos quiso pasar nunca más por las cercanías de la colina en la que, negra y temerosa, alzábase aún la secular ruina. Unos á otros repetíanse en voz baja lo que antes de morir había declarado un joven boyero que escapara milagrosamente de los subterráneos de Chaumont, esto es, que la reina de las gipsias cocinaba con Satán, fabricaba oro, comerciaba con los espíritus, hacíase obedecer de los elementos, y hasta tenía el poder de cambiar á su gusto las caras de los niños robados por ella.

Para convencer á sus oyentes de esta última monstruosidad, describió el boyero con pelos y señales cierta espantosa escena en el decurso de la cual, y en presencia de él, Phtah Mansour, la gipsia, habíase ocupado en desnaturalizar los rostros de dos niños de doce años, sin que la conmovieran los gritos ni las lágrimas que el sufrimiento arrancaba á sus inocentes víctimas.

En la época en que se desarrollan los sucesos que relatamos, hacía ya tres años que Phtah, sin abdicar en lo más mínimo de su soberanía, delegara el mando de las fuerzas que acaudillaba en un joven bandido de bastante valor como tal, quien se apresuró á ensanchar el círculo de sus depredaciones trasladándose de uno

á otro punto con rapidez pasmosa, y operando con la misma singular maestría en París que en provincias.

Este facineroso, que llevaba siempre cubierto el rostro con un antifaz, era tan sólo conocido por un mote: el de Sed de Sangre, mote que definía el carácter del siniestro personaje, sediento siempre al parecer de la sangre de sus víctimas, que eran en verdad numerosas.

Como es natural, como no podía menos de suceder se presentaron numerosas querellas contra el miserable, quien fué objeto de tenaces persecuciones que no dieron, por desgracia, resultado alguno.

En este fracaso creía ver el pueblo una notoria mala voluntad de parte de los sargentos del prebostazgo, y admirábase de que Sed de Sangre recibiese oportunamente el soplo para evitar el encuentro con sus perseguidores, y de que operase el bandido tranquilamente á la derecha, cuando se hallaba á la izquierda la emboscada dispuesta para capturarle.

Decíase — pero esto no era más que un rumor — que disponía en la corte de un defensor oculto, de una influencia poderosa; algunos, más audaces, daban un nombre al misterioso protector: el de Rolando de Saboya-Nemours...

Absurdo, insensatez de gentes murmuradoras. Pero, ¿quién es capaz de impedir que las lenguas se despachen a su gusto? Sin embargo, preciso es confesar que el rumorcillo podía tener visos de verosimilitud, porque en aquella época, la verdad sea dicha, un bandido gallardo podía contar sin duda con algunos partidarios entre los que aún no se contaban en el número de sus

víctimas, tanto más cuanto que la mayor parte de los gentileshombres considerados por su gallardía y valor, procedían con la misma crueldad, con igual ausencia de vanos escrúpulos que los facinerosos, cada vez que la ocasión de obrar así se presentaba para ellos.

Las diez de la noche serían cuando Djaulia se detuvo á orillas del lago luminoso, temblando sobre sus finos jarretes y el bocado blanco de espuma.

Apresurémonos á decir que la carroza en que Sed de Amor abandonara la casa maldita, habíase quedado entre el mercado de cerdos y el camino encajonado que conducía á las colinas de San Roque, con arreglo á los consejos que diera Salem Kebir; y que en dicha carroza quedaron solos, como para custodiarla, la condesa Ayela de Givors, y el duque Rolando, el cual comenzaba á dar señales de próximo despertar.

Y mientras que Fiamma é Isis la Bella se dirigían á la Corte de los milagros, y Reinalda tomaba la dirección de las lagunas de San Lorenzo rasando el muro de cintura, Sed de Amor, cabalgando en su yegua blanca y lucera, lanzábase hacia Belleville, seguido de cerca por su escudero y por el barón Cortomontel, montados ambos en los caballos de los guardas.

Tanto el amo como los dos servidores se desembarazaron de sus disfraces al pasar por el puente de Arcans, lanzándolos, por encima del pretil, á la corriente fangosa de la Grange-Batelière.

Sin el menor tropiezo franquearon los portales los tres jinetes; pero es el caso que ya en el arrabal

San Lorenzo apagáronse las antorchas; y como la obscuridad era completa y como por otra parte las monturas de Matraca y Cortomontel no podían seguir la marcha rápida de la yegua árabe, llegó un momento en que Bernardo hubo de percatarse de que sus dos compañeros habíanse quedado atrás.

Incapaz de moderar su impaciencia, siguió adelante, sin esperarles, el impetuoso caballero, quien se perdió, á favor de la obscuridad, en aquellos parajes para él totalmente desconocidos. Y he aquí que la casualidad acababa de llevarle precisamente al sitio mismo en que Phtah Mansour habia dado cita á Divina la loca.

Bernardo, sin embargo, estaba lejos de creerse llegado al lugar que iba buscando con impaciencia.

— ¿Qué es eso, hermosa? — dijo acariciando el cuello de la yegua. — ¿Por qué te detienes? Yo no veo por aquí luz alguna que nos indique la proximidad de un lago luminoso.

Bastaba de ordinario un ligero chasquido de la lengua para recordar su deber á Djaulia. Pero aquella vez no sucedió así. Observando que bajaba la cabeza y alargaba el cuello, el jóven, inclinándose en la silla, miró con atención.

Un leve rumor de agua llegó hasta sus oídos.

— A ver, á ver; — murmuró apeándose. — ¿Nos cerrará el paso algún foso lleno de agua?

Inclinóse para reconocer por el tacto el terreno, en vista de lo profundo de la obscuridad, y en aquel momento vióse rudamente empujado hacia atrás por efecto de un bote de Djaulia, cuya brida llevaba pasada al brazo.

— ¡Muerte de mis huesos! — masculló levantándose. — Más ve la bestia que yo. A no ser por ella voy á dar de cabeza en ese mar de tinta.

Frente á él, en efecto, cierta claridad difusa que parecía enviar con extremada parsimonia el firmamento, hacía reverberar en claro obscuro una extensa y pulida superficie.

Iba Sed de Amor á reprocharse el haberse extraviado, puesto que aquel estanque de turbias aguas no presentaba apariencia alguna del lago luminoso indicado por la gipsia, cuando sus ojos, que ya iban acostumbrándose á la obscuridad, y á descomponer los diversos matices de la noche, creyeron distinguir, más allá de la líquida superficie, el contorno relativamente acentuado de una construcción colosal.

Temiendo engañarse, y con objeto de no ser víctima de algún engañoso espejismo, cerró los párpados durante algunos segundos.

Cuando los abrió de nuevo, toda duda habíase desvanecido. Con profunda extrañeza observó por segunda vez el mismo fenómeno que antes, y aún otro nuevo, que le dejó asombrado.

Las aguas, negras en el momento en que él cerrara los ojos, brillaban ahora alumbradas por una fosforescencia interior, tan intensa como incomprendible.

El foco mágico parecía hallarse instalado en el centro mismo del lago luminoso, — porque Bernardo ya no dudaba de encontrarse en él — y era causa de que destacase en la masa de sombra el monstruoso esqueleto de piedra de un feudal castillo, de una fortaleza

cuyas superestructuras se hundían en ciertos sitios en el agua transparente, mientras que en otros se apoyaban en un embarcadero afectando la forma de una media luna.

La antigua fortaleza, iluminada en este último sitio por misteriosa luz que irradiaba de abajo, parecía conservar la ruda robustez de sus primeros años, tanto por lo que respecta á su elevación, como por la solidez de los muros, el espesor de sus torres, de diferentes planos, y el aspecto amenazador de las estrechas ventanas, matacanes, atalayas y torrecillas almenadas.

Durante algún tiempo fuele imposible á Sed de Amor arrancarse á la contemplación del inesperado espectáculo, formándose una idea de lo que debieron ser los guerreros de otros tiempos por el aspecto exterior del formidable edificio.

— Creo que he llegado al puerto; — murmuró por fin. — Esta es sin duda la guarida de los bandidos entre los cuales ha venido á refugiarse Pedro Mirot trayéndose consigo á mi hermanita Glorieta. A orillas de este lago es donde deben encontrarse la egipcia y la pobre loca. Y ahora que hablo de esto .. ya debe haber pasado la hora de cita. Con tanto ir y venir en la obscuridad me he retrasado, como si lo viera. Ese demonio de Cortomontel monta un caballo que marcha como un burro; de no ser así ya habría podido enseñarme por qué lado es posible entrar en ese cubil. ¡Bah! con él ó sin él, ya sabré yo entrar para sorprender los secretos que pueda, y sobre todo para hacer que salgan Divina y Glorieta, que nada

bueno pueden ver ni disfrutar en la morada de Sed de Sangre...

El nombre del bandido le hizo estremecerse de pronto.

— El peligro, — dijo — es tan inmenso como inmediato. Por una parte, esa bruja Phtah ha prometido á Divina procurarle su venganza; alguna infame maquinación de ese vampiro hembra, como si lo viera... Y por otra, hay que contar con las posibles pretensiones amorosas de ese miserable, cuya reputación es tal que me da miedo. En fin, orientémonos por el pronto. Por más de que... ¿cómo demonios orientarse? Yo no veo ninguna entrada. Y no creo que deba buscarla en el fondo de esas aguas que parecen encantadas.

Esta última reflexión tenía su razón de ser. Con efecto: el desembarcadero en forma de concha á media luna parecía ser la antigua explanada afecta al servicio de la entrada principal del castillo; pero los nuevos ocupantes del mismo debían haberse procurado salidas más discretas, por cuanto la dicha puerta desaparecía por completo tras de las piedras de un muro de reciente construcción.

Luego de conceder una última mirada al invisible foco, que hacía del lago una especie de líquido fanal, dióse el jóven á recorrer la orilla, esperando acercarse de este modo á las murallas y descubrir en ellas algún portillo.

Pronto se detuvo sin embargo, acaparada su atención por el tronco, extraordinariamente desarrollado, de un roble centenario.

El viejo árbol medía por lo menos diez y ocho pies de circunferencia en su base. Surgiendo del suelo á modo de tibias fantásticas, sus raíces, pasando por sobre una roca, iban á hundirse en las aguas del lago, mientras que sus ramas maestras, unidas á una altura de quince pies, separábanse bruscamente en dos grupos bien distintos, vivo el uno, y muerto el otro, como paralizado por la acción del rayo.

Dió Bernardo la vuelta en torno al tronco, y hubo de observar que el hacha lo había trabajado, señalando en él muescas que, colocadas á poca distancia unas de otras formaban una especie de escalera helicoidal. Y este detalle, que en circunstancias ordinarias hubiera hecho reflexionar al joven, no le mereció entonces importancia alguna, preocupado como se hallaba por su idea dominante de encontrar una brecha para introducirse en el edificio.

El tronco de que hablamos, hallábase colocado en el extremo límite oriental del lago, como suele verse en las llanuras de Asia. Sed de Amor, sin preocuparse de él ni poco ni mucho, abandonó Djaulia á su propia iniciativa y se lanzó hacia la pendiente rocosa que debía contornear el cerro que sirvió de base ó de sostén al castillo.

Pocos pasos le bastaron para recorrer la construcción lateral izquierda, encontrándose entonces sumido de nuevo en las tinieblas. Pudo sin embargo observar que cuanto más avanzaba, menos probabilidades iba teniendo de conseguir el objeto que se proponía.

Ancho foso defendido por una alambrada de hierro

rodeaba toda la fachada posterior, y el puente levadizo, levantado, obstruía en absoluto, con formidable enredo de maderas, la única puerta. Cuanto á las ventanas, su distancia del suelo era de unos treinta pies, como quien no dice nada.

¡Cuánto lamentó entonces Sed de Amor la soledad, el aislamiento en que se encontraba !

El día anterior, y á aquella misma hora, hallábase ocupado en escalar la última de las murallas de Vincennes ; pero entonces contaba con Diógenes como auxiliar, y como guía para sus movimientos con la conversación sorprendida en la casa de las miñonas. Además, el fuego de la fragua y los rayos de la luna, alumbraban relativamente su camino.

En cambio aquí nada de todo eso ; ni la más ligera indicación ; tinieblas por todas partes. Apenas lograba distinguir la silueta de contornos imprecisos. En el fondo del cielo destacaban, vagas como ensueños, las aristas de las almenas, y eso era todo, sin contar el gran silencio de aquel desierto de piedra ; silencio opresor, hostil.

Comparándola con la aventura que se disponía á intentar en aquel sitio, su hazaña de Vincennes le parecía por todo extremo mezquina.

¿Por qué aquel silencio de muerte ? Bernardo no se lo explicaba. Por las noticias que él tenía, aquel Leviatán de piedra debía hallarse habitado por un verdadero ejército de rufianes extranjeros. Y sin embargo, nada se movía, nada ni nadie se mostraba.

¡ Ah, si Bernardo hubiese tenido paciencia y mode-

rado un poco la marcha rápida de Djaulia! Tal vez Cortomontel habría podido explicarle lo que para él era un enigma. En aquel caso extraño, el conocimiento de las costumbres de Sed de Sangre le hubiera sido de indudable utilidad.

Reprochándose en silencio su torpeza, y lamentando haber dejado atrás al hombre que sin duda estaba en posesión del *Sésamo* del castillo de Chaumont, nuestro caballero, luego de dar la vuelta completa á las construcciones, encontröse otra vez en el mismo sitio en que poco antes hubo de echar pie á tierra.

Una vez allí, tomaron distinto rumbo sus ideas.

Puesto que, costase lo que costase, debía penetrar en aquel antro en el que sin duda se tramaban cosas abominables, hallábase resuelto á entrar por la puerta grande, aun cuando para conseguirlo le fuera preciso arrancar con los dedos y una á una las piedras que la obstruían.

Después de todo, y para poner manos á la obra, ¿qué era lo que debía hacer? Nada más que atravesar el lago.

Tomada esta resolución, desnudöse en un periquete, dejó sus ropas y su espada bajo la custodia de Djaulia que no se apartaba de él, y con el puñal entre los dientes, se deslizó en el agua sin ruido.

La anchura del lago podía ser como de unos doscientos pies. Franquear tal espacio era cosa de juego para nadador tan consumado como Sed de Amor. Su última comida tenía ya en los talones; por otra parte, la frescura del líquido debía procurarle una especie de bienestar.

Con gran habilidad, acostado de lado, cortó el agua en línea recta, las manos sumergidas apenas dos pulgadas; natación especial, rápida y silenciosa que viera practicar á los Kurdos que atraviesan las corrientes rápidas del Jordán para sorprender y pillar un campamento de maronitas.

Un instante después comprendió que una atracción inexplicable, que no le era dado dominar, lo desviaba de su ruta.

Dijérase que el resplandor misterioso lo llamaba, lo arrastraba, á medida que iba él avanzando hacia el centro del lago.

Bernardo distinguía dicho resplandor, más acusado, menos difuso; y he aquí que de pronto, abandonando su primitiva dirección, dirigióse resueltamente hacia el centro del lago.

A mitad del camino, y al atravesar un macizo de nenúfares y de narcisos, una de sus piernas hubo de enredarse en un tallo flexible, de bastante grosor, en el extremo del cual abriase una flor que flotaba entre dos aguas como una medusa, ó como un torpedo durmiente.

— ¡Puach! — exclamó desembarazándose del obstáculo. — Cualquiera pensaría que los pescados de este lago se ocupan en cocinar. He aquí una flor de macabro aspecto que huele como puede oler una caldera de betún en fusión.

Así era en efecto. El flotador humeaba á intervalos, apestando la atmósfera hasta hacerla irrespirable; y esto en tales términos, que Bernardo de Arma hubo de

alejarse precipitadamente, sin sospechar siquiera que acababa de rozar con un aparato de invención humana.

Llegado por fin al centro, se detuvo indeciso y desconcertado. La luz, que vista desde lejos parecía nacer en el sitio mismo á que él había llegado, perdía desde cerca toda precisión, difumándose en un halo cuyas líquidas capas defendían celosamente el foco luminoso; dijérase que jugaba al escondite con el indiscreto nadador.

Éste, despechado, persuadido de que le era indispensable saber á qué atenerse con respecto al singular fenómeno, decidióse á bucear.

En la primera intentona se perdió en las tinieblas fangosas; pero al bucear de nuevo fué más afortunado y pudo agarrarse á una especie de boya sub-marina, muy cerca de la cual, violento, deslumbrador y muy distinto esta vez, ardía el foco fantástico.

No fué sin embargo hacia el foco á donde se dirigió enseguida, porque por separarle de él aún una gran distancia le era imposible determinar la naturaleza del mismo. Lo que hizo Bernardo fué fijar su atención en un punto dado, una mata de lianas á la que mentalmente se propuso agarrarse cuando volviese á bucear, y enseguida dióse á examinar minuciosamente la boya anclada en el fondo del agua.

Era una especie de inmensa campana de hierro cuya base perdíase en el limo del fondo, y cuya parte alta se dividía en dos iguales, herméticamente juntas, que en ciertas ocasiones debían funcionar como puertas,

puesto que sus contornos hallábanse marcados por fuertes charnelas.

— ¡Extraño instrumento! — pensó Sed de Amor abandonándose para subir á la superficie y respirar un poco. — Nunca he visto cosa semejante. ¿Para qué servirá eso? Tal vez Fiamma podría decírmelo, porque esa hermosa muchacha lo sabe todo... Pero no está aquí, y claro es que no puedo pedirle explicaciones. Sobre que, ¿cómo presentarme á ella, aunque estuviera aquí, en este traje primitivo? Donosa manera de recompensarle los cuidados que para mí ha tenido...

Esta última parte de su monólogo recordó á Bernardo su reciente herida; acaricióse el hombro, y se sorprendió agradablemente al observar que la cicatrización resistía á su prolongado baño.

— Recapitulemos, — se dijo; — que no es cosa de hacerme un lío en estos momentos en que tanto tengo que hacer. Esta noche debo entrar en Chaumont para llevarme á Divina y á Glorieta. ¿Cómo me arreglaré para conseguirlo? Tal vez esa luz que brilla debajo de mí me facilitará los medios. Mañana... ¡Ah! lo que es mañana tengo un día y una noche bien ocupados. Anté todo quiero saber quién es la loca Divina. Esa mujer me interesa extraordinariamente, por extraño que parezca. Enseguida debo acudir á la cita de Bar Cobral... Á ese acabo de verle. ¡Vaya un ente misterioso! No me ha dicho ni una palabra... Luego, la cita del marqués de Villanueva-Marsan, á la que como es consiguiente no faltaré... Cita con Ayela de Givors... ¿No podría llevarse el diablo á esa enamorada imperti-

mente?... Una entrevista con miss Huming, para arrancarle el secreto de su presencia en el Hotel de los Villanueva; otra, si es posible, con Solange; otra, obligatoria, con Glorieta; con Fiamma, con Reinalda... Pues señor, no sé si tendré tiempo para todo eso... Pero, ¿y mi luz? Ya se me olvidaba ..

Hizo Bernardo provisión de aire y se sumergió hasta el grupo de lianas, agarrándose á ellas con la mano izquierda.

Y fué tal el asombro que le produjo el espectáculo que entonces se ofreció á su vista, que á no impedirselo el agua, hubiérasele escapado un grito.

El foco luminoso provenía de un gran rectángulo de cristal colocado como una losa en el fondo de la inmensa represa que servía de lecho al lago.

Aunque verdaderamente extraordinaria, la existencia de aquella losa no fué lo que turbó á Bernardo hasta el punto de hacerle perder la noción de su crítica situación en aquel momento; la causa de que se olvidase hasta del peligro que corría fué que á través de dicha placa pudo ver lo que ocurría debajo de ella.

En una sala de regulares dimensiones, bajo la placa de cristal que le servía de techo, é iluminadas por los fuegos convergentes de cinco poderosas lámparas, hallábanse reunidas cuatro personas: Divina la loca, Glorieta la muda, Phtah la egipcia, — á la que Bernardo reconocía aun cuando su traje no era el de amazona con el cual él la viera en el bosque de Vincennes, — y un hombre, vestido como los señores de la corte.

Este último ocultaba su rostro con las manos, y pa-

recía hallarse bajo la influencia de un narcótico ó sometido á oculto poder hipnótico contra el cual luchaba obstinada é inútilmente.

Cuanto á Glorieta, colocada entre Divina y Phtah, mostraba sus hermosos ojos azules preñados de lágrimas; su pobre indumentaria, harto ligera, como sabemos, hallábase á mayor abundamiento desgarrada en varios sitios. Conociase que la pobre niña había debido luchar, resistirse, y ser vencida.

No siéndole como sabemos posible hablar, imploraba con la mirada, en la que había una súplica á más de las lágrimas.

¿Qué se quería de ella?

Sencillamente, una cosa horrible, la más infame de las torturas. Entregarla á aquel hombre.

Y la insensata Divina, en vez de acordarle su protección, parecía disponerse á mediar para que se consumase el crimen. Abría la boca, gesticulaba, y reía, reía sin cansarse.

Bernardo, cuya sangre helaba el terror, dióse cuenta del drama que se preparaba al reconocer al hombre que debía ser verdugo de la mudita, y el cual acababa de mostrar su rostro librándole de la careta formada por sus dedos crispados.

¡Condenación! Era el duque Rolando, el mismo á quien nuestro caballero dejara poco antes en las colinas de San Roque, dormido en su carroza sin caballos. ¿Cómo había podido despertarse y llegar tan pronto hasta allí?

Y cosa inaudita, ó que á Bernardo le pareció tal.

Aquel hombre era al mismo tiempo el bandido Sed de Sangre, por cuanto sus cabellos levantados dejaban al descubierto una cicatriz que destacábase en la frente formando una A mayúscula lívida; la marca que el pomo de la espada de Bernardo imprimió por encima del antifaz que llevaba puesto el jefe de los raptores de Solange á orillas del Vezéra.

Inútil nos parece decir que toda aquella escena tuvo de duración algunos segundos.

El caballero de Arma sintió que se erizaban sus cabellos al constatar la doble identidad de aquel hombre, bandido sin fé ni ley y gentilhombre de todo punto depravado.

Glorieta estaba perdida.

Pero de pronto sucedió una cosa extraña; algo que dejó á Bernardo estupefacto é indignado al mismo tiempo; algo incomprensible, inverosímil, monstruoso... La mudita miró al monstruo y sus pupilas de terciopelo azul parecían llenarse de luz paradisiaca; luego le tendió sus brazos... ¿Cómo era posible que ella, ella misma se ofreciese á su verdugo?

Abandonando su asidero de lianas, y no sin lanzar un juramento que hizo subir algunas burbujas de aire hasta la superficie del lago, el valeroso joven se lanzó con todo el ímpetu posible, contra la losa de cristal.

El choque fué terrible.

Bernardo tuvo apenas el tiempo de ver cómo los habitantes de la sala subacuática levantaban la cabeza, y se sintió arrastrado hacia afuera.

Cuando pudo razonar un poco hubo de parecerle que

cuanto acababa de ver lo había soñado. En torno suyo, en efecto, reinaba la obscuridad más completa. La luz, el misterioso reflejo, había desaparecido.

¿Por qué? Sería acaso él causa de una catástrofe por haber tratado de oponerse á un crimen? ¿Había tal vez roto el cristal, y las aguas del lago al precipitarse en la cámara del fondo, habían ocasionado la muerte de los que en ella se encontraban reunidos?

Bernardo lo ignoraba en absoluto. No tenía medio alguno de saberlo ni de averiguarlo.

Agotadas sus fuerzas, desesperado, asfixiado casi, el caballero de Arma se abandonó en brazos del destino.